



hombres como rastreros y estúpidos, lo que es contrario al *Genesis*, se ve en la Exposición, en la parte egipcia, una admirable estatua en diorita, piedra muy dura y verdosa, perfectamente pulimentada, estatua á la cual se da, segun Manethon, 6000 años de fecha próximamente, lo que equivaldría á hacerla anterior á Adam!!

«Escribiendo poco há á la Academia de Ciencias, donde ya hace tiempo se empeñan en truncar ó en indicar á duras penas mis comunicaciones, pregunté si aquella estatua del rey, de la segunda pirámide, habia podido ser labrada con hachas de silicato, así como las pirámides de Memphis y los obeliscos en piedra de granito, de Tebas. ¿Y cuál sería mi asombro al oír del secretario de la Academia, con el laudable objeto de enseñarme, que por el continuado frotamiento del basalto (mármol), con arena ó con esmeril, se podía labrar el basalto y la diorita aún más dura.»

«Una estatua perfecta como la del rey *Chéphrém*, no pudo ser ejecutada por éste solo frotamiento, como tampoco lo pudieron ser los obeliscos y los jeroglíficos en sus concavidades, que ofrecen los antiguos monumentos de Egipto.

«Segun la edad que la escuela egipcia, ciega por Manethon, atribuye á Menés, á Athotes y á los más antiguos Pharaones, la edad de piedra, la de bronce y la de hierro, que hoy admiten los naturalistas extraviados, se remontaría, pues, suponiendo sucesivas estas edades, á más de 20000 años!!!»

«Por otro camino se llegaría también á los mismos resultados que Volney, Dupuis y Fourier habian querido establecer, disertando sobre los zodiacos de una manera tan falsa, zodiacos que fueron hallados en *Esne* y en *Denderah*.

«Basándose M. de Paravey en los documentos históricos y tradicionales, recuerda el origen real de las artes y de las ciencias:

«M. Cuvier no admite, como nosotros tampoco admitimos, más que un primer hombre de creación no muy antigua, hombre esclarecido desde aquel momento por el mismo Dios, y creado viril en toda su fuerza y con toda su belleza, como lo fué una simple araña.

«Siguiendo á la Biblia, Adam impone nombres (sin duda jeroglíficos) á todos los animales, y Josefo nos presenta á Seth, tercer hijo de Adam, creando la ciencia astronómica, la agricultura y la medicina, é imprimiendo ya sus descubrimientos sobre una arcilla blanda, endurecida más tarde por la acción del fuego, respecto á lo cual se ha meditado muy poco hasta el presente.

«Estos ladrillos jeroglíficos se hallan en nuestros días, bien se sabe, y comienzan ya á leerse en Ninive y Babilonia; escapados de la familia civilizada y piadosa de Seth y de la muy hábil del criminal Cain, los hombres salvajes, gigantes anteriores al diluvio, emplearon desde entonces hachas de piedra dura, cascos para la cabeza de hueso ó madera pesada, y de ello tenemos ejemplos, aun en nuestros días, en la Australia y en la Nueva-Zelanda, y aun en el mismo Egipto por los Tiphonianos (p. 6.)»

«M. de Paravey encuentra pruebas de la preexistencia del hierro á la piedra, en el Egipto por de pronto.»

«Pero en Tebas (panteón de los reyes) se ve á los egipcios de bellas facciones y de color rojo, figurando, como dominantes en el Asia, llevar á los franios adornados con pieles de cachemira, con cinturones y espadas y traje meda; y á los negros con pantalones encarnados, como aún nos los ofrece la Africa en nuestros días; y por último, á los guerreros indoeuropeos con cascos para la cabeza de pieles de buey, sujetas con huesos á falta de broches, y que nos explican cómo la Italia, los galos, la Suiza y demás partes de Europa podian aún emplear poco antes de nuestra Era las piedras y los huesos; mientras que la Media, la Persia, el Egipto, la Siria de Damasco, habian conservado el hierro, el acero, los diversos metales; metales ya conocidos por Cain y empleados por él para edificar en el desierto de Noé la ciudad á que dió el nombre de su hijo *Henoch*, lo que prueba que ya las artes tendian á la perfección (p. 8.)»

«Después traza la ruta que deberían seguir los egiptólogos actuales.»

«Pretenden traducir del egipcio fábulas absurdas sobre la otra vida, fábulas que se hallan contenidas en el célebre *Papyrus funerario* de mómias; pretenden á su vez leer manuscritos mágicos y ridículos, buenos á lo más para los negros, discurriendo de más á mejor sobre Manethon el farsario, con sus interminables listas de reyes sucesivos y el número infinito de dinastías no paralelas.»

«Con un poco menos de orgullo y mayor dosis de buena fe en la Biblia, adoptarían la lista de los reyes del Asia central y del Egipto que nos da el dócto matemático *Eratosthenes*, lista que se halla truncada hácia el fin, y la única admitida por este griego esclarecido (p. 11.)»

«Y añaden: «La historia de la humanidad y de sus nobles destinos, es la que únicamente nos interesa; está escrita en las constelaciones primitivas, llevadas á Egipto por los caldeos



y más ó menos conservadas por los griegos, pero halladas por nosotros en la China, en el Thibet y en la Mongolia (p. 13.)»

«Y aquí emite él su opinión, diciendo que el Egipto es el que ha dado á la China su escritura jeroglífica.»

«Si el Egipto de los Faraones dió á los griegos y á los chinos sus constelaciones sobre el diluvio y sobre los trabajos agrícolas, debió dar también á la China sus jeroglíficos, monumentos de la sabiduría de la raza esclarecida de Seth ó de Chin-Nong, el *Xisutrus* de los griegos, *Athotes* de Abydos, monumentos que supo conservar Noé, el *Tyko* de los chinos, el *Patricario avisado*, cronologías jeroglíficas (página 14.)»

«M. de Paravey encuentra la prueba de la filiación del egipcio con el chino en la palabra *mar*, que en antiguo egipcio significa *ahada* y *mar*, lo que se ve en la palabra *chao-tse*, que también significa *ahada* y *mar* en chino.

«Una admirable lección dió Seth, es decir, *Chin-nong*, ó el divino labrador, á su raza bendita de Dios, recomendando á la azada y la union para cultivar la tierra y el Wan, de los hebreos; signo de union significa también la Azada, y corresponde á la hora en que los labradores reunidos elaboran los campos, y que era de nueve á once de la mañana (p. 15.)»

«Así lo halla también en la palabra *ma-teu*, cabeza de caballo, de que se sirve en China para significar el muelle, y que tendría su origen en Asia y en Egipto.»

«Las conclusiones de estos trabajos son, que los pueblos que tuvieron su edad de piedra, cayeron en el estado salvaje, mientras que los de la edad de hierro se fueron civilizando.»

«M. Simonin, que se empeña en creer tan modernas las manufacturas de hierro, no puede creer que haya en Egipto, segun ha observado el célebre Larrey, instrumentos de acero y de cirugía muy cortantes, y representados sobre las pilastras de los templos más antiguos. Los guardianes alados, esculpidos en las mismas pilastras delante de estos mismos templos, destacan una tremenda podadera, ó especie de hoz, con la cual van á cortar la cabeza á los negros, curdos, griegos, aun salvajes y criminales, figurados de rodillas delante de ellos.»

«En los templos indios se ve lo mismo por lo que hace á los *Roeshaltras* ó *Rekas*, figurados como están en las puertas de los santuarios en las islas de Java y de Sumatra.»

«No tienen los cascos de piedras, sino que, como en Egipto, tienen armas de hierro y su nombre jeroglífico, conservado en chino, era

el de *Kin-hang*, significando *kin* (1) dorado y *kan* (2) acero, acero de Damasco con grabados de oro (p. 21.)»

«En los hermosos trabajos de M. Rougé, añade, el casco para la cabeza que llevan los griegos á las sepulturas de los reyes en Tebas, figuran por todas partes á los hombres bárbaros, hombres de las montañas y extranjeros en el Egipto, y que se hicieron salvajes.»

«Las manufacturas de hierro conservadas en Damasco, Siria, y llevadas muy lejos, aún entre los malaisios y japoneses, se remontan, como las manufacturas del acero más duro, á los tiempos más antiguos, y explican cómo la estatua en piedra muy dura del rey *Chephrém*, que hizo poco antes de Troya, la segunda pirámide, ha podido ser labrada y pulimentada con tanto cuidado en Egipto.»

«El grabado de los cilindros rústicos del Asia supone también útiles muy duros en acero, y los pueblos de *Mascate* y de *Tyro*, los *Maces*, pueblos llamados *Ou* (3), dieron así su nombre al acero, conocido con el nombre *Ou* en chino, como también *Kion* (4) y *Kang* (5), metal muy duro.»

«En el Diccionario del P. Basilio se encuentran doscientos caracteres hechos con metal, y su estudio hubiera hecho ver á los que soñaron por aquellos tiempos en la edad de piedra, que los primeros hombres de la raza de Seth, diestra para la agricultura, para las letras y para la astronomía, y la raza de Cain, hábil para las artes químicas y para la de los metales, no conocieron sino despues de su crimen esta edad de piedra, cuando huyendo del imperio central, se entregaron á la holgazanería y embrutecimiento, reconocido no há mucho por los portugueses de Malaya, por el doctor *Ivan* yendo á la China (p. 22.)»

«Y termina su opúsculo de esta manera:

«En su orgullo, la Europa olvida que Hesiodo y Ovidio y demás autores antiguos colocaron la edad de oro como la primera de las edades, y como la edad de la civilización y de la prosperidad; como también reconoce el *Genesis*, y esto es también lo que se dijo en Roma del Lacio y de Saturno.»

«Después que deben toda la civilización á los hijos de Noé y á Babilonia y á Egipto, como dice Herodoto de los griegos, como asimismo enseñan Josefo y la Biblia, la Europa quiere

(1) Núm. 11378.

(2) Núms. 806 y 11534.

(3) Núm. 1168.

(4) Núm. 11566.

(5) Núm. 11534.



degradarse. Dejémosla que disfrute de este placer, mientras que compadecemos á los actuales gobernantes, que sólo se ocupan de guerras, de industrias, de comercio y de espectáculos más ó menos corruptores (p. 26).»

VI

Por último, la cuarta disertación lleva por título: *Del planisferio de Denderah, y de los zodiacos antiguos*, en la cual M. de Paravey pide que estos diversos zodiacos se reúnan y se manden al Louvre, y se lamenta de que habiendo él probado por primera vez la novedad del zodiaco de Denderah, no haya figurado su nombre en el catálogo que de este asunto se ocupa.

Los diferentes trabajos que acabamos de enumerar hacen ver cuál ha sido la preocupación de toda la vida de M. de Paravey: *Defender á su manera la Biblia*, trabajo que debe merecer todas las simpatías de los católicos, y aún nos atreveríamos á decir, el respeto de todos los amantes de la ciencia, que como él gustan investigar sus verdades.

Debemos añadir que hay dos puntos sobre los cuales hacemos nuestras reservas. Estos son, las nuevas ideas de M. de Paravey sobre el Diluvio, y algunos otros pasajes de la Biblia. Desearia en esto M. de Paravey que Roma corrigiera el sagrado libro. Olvida que Roma no tiene derecho de cambiar ni una jota de aquel libro, del que solamente es depositaria, como lo era la sinagoga de los judíos; únicamente puede explicar, lo que varia esencialmente.

VII

Por lo demás, creemos que no es tiempo aún de pronunciarse sobre un gran número de cuestiones tratadas por M. de Paravey. Para declararse en pro ó en contra, es necesario esperar: por lo que hace al *Egipto*, á que se hayan traducido todas las inscripciones que se han descubierto, y las que sin duda se irán descubriendo aún; por lo que hace á la *Asiria*, á que se hayan traducido también las inscripciones, y especialmente la *biblioteca de Sardánipalo*, que se halla casi entera en las salas del Briti Museum, inscripciones que apenas se han comenzado á publicar, y ya comprenden más de veinte volúmenes en folio; textos todos nuevos, y que dan tantos datos sobre la historia del Asia. Nuestros lectores saben que M. Upperi apenas ha traducido algunas, que ya nos han enseñado mucho sobre el antiguo mundo.

Para la *China*, es necesario esperar también á que se haya traducido el gran número de volúmenes que contienen hechos históricos, cronológicos, geográficos, astronómicos, astro-

lógicos, filosóficos y mitológicos, conservado por los chinos, y de los cuales no se han traducido casi ninguno por completo y palabra por palabra. Pues los chinos lo han explorado todo, todo lo han analizado y todo lo han tratado con un interés y esmero, y hasta con minuciosidad.

Ellos tienen sus historiadores, sus geógrafos, sus filósofos, sus historias generales, sus historias particulares, sus historias naturales, sus mitologías y sus leyendas. Y de esto apenas conocemos nosotros más que los nombres. Sus caracteres son medallas, cuya explicación ha sido dada muchas veces en sus diccionarios. Son verdaderos jeroglíficos, cuya significación para muchos es completamente desconocida y lo será para siempre; pero que se ha conservado por un pequeño número de una manera cierta y muy digna de ser conocida. Esta es una parte que M. de Paravey ha tratado con la mayor perseverancia. Todas sus explicaciones no son indudablemente ciertas, pero un gran número nos parecen ser de una certeza incontestable, y dan sobre el antiguo mundo conceptos que en vano se tratarían de buscar en ninguna otra parte.

Hé aquí, según nosotros pensamos, lo que es necesario esperar, antes de poder juzgar en último término sobre la importantísima cuestión del origen de los chinos y del lugar que conviene asignarles en la historia. Ciertamente que esto no será obra de un día. Serán precisos muchos años, y aun siglos, para acabar la obra, pero se conseguirá; ya comienza á realizarse, y ya hemos visto la aplicación de estos métodos en dos importantes obras, la *Historia de los Unnos* por M. de Guignes, y poco há la *edición de Marco Polo corroborada por historiadores chinos*, por M. Pauthier. Herodoto, Diodoro, Ptolomeo deberán ser tratados de la misma manera y corroborados por historiadores chinos de su época, porque estos historiadores existen para los tiempos y pueblos del interior del Asia, y serán un día traducidos. Varios de estos extractos han sido ya traducidos en nuestros *Anales*, especialmente las noticias sobre la *Semana* (1), sobre la *Adoración primitiva de la Unidad* practicada por los primeros reyes ó patriarcas (2); y bien pronto daremos el texto y la traducción del libro del Padre Premare sobre los vestigios de la religión cristiana hallados en los libros chinos; obra que nosotros no aprobaremos por completo, pero que comprende, sin embargo, muchas cosas muy curio-

(1) Véanse los *Anales*, t. XX, p. 365 (4.ª serie).

(2) *Ibid.*, p. 372, t. XVII, p. 70 (5.ª serie).



sas. Nuestros lectores han podido ya juzgar por el *testimonio* que ya hemos publicado (1).

Los misterios y secretos del mundo antiguo no pueden descubrirse ni descifrarse en un solo día: los descubrimientos y trabajos de sábios tan celosos como M. de Paravey y otros orientalistas alemanes más pensadores, y limitados á determinados puntos, han de ir en adelante

(1) Véanse los *Anales*, t. XIV, XV, XVI, XVII y XX (2.ª serie).

abriéndose nuevos y más dilatados horizontes, que permitan ver claramente el cielo de las verdades primitivas, ofuscadas por la malicia y corrupción de las generaciones.

No son ciertamente los orientalistas franceses los que más se han distinguido en el verdadero conocimiento del mundo oriental; pero en justicia, debemos consignar un recuerdo de gratitud á los excelentes propósitos de M. de Paravey, juzgado tan benévolamente como hemos visto por M. Bonnety.

El parte de la historia no nos dice expresamente que el descubrimiento de la biblioteca de Sardánipalo, que se halla casi entera en las salas del Briti Museum, inscripciones que apenas se han comenzado á publicar, y ya comprenden más de veinte volúmenes en folio; textos todos nuevos, y que dan tantos datos sobre la historia del Asia. Nuestros lectores saben que M. Upperi apenas ha traducido algunas, que ya nos han enseñado mucho sobre el antiguo mundo.

(1) Véanse los *Anales*, t. XX, p. 365 (4.ª serie).

(2) *Ibid.*, p. 372, t. XVII, p. 70 (5.ª serie).